

Los personajes de *Rey Lear*

A diferencia de otras obras de Shakespeare en las que uno o dos personajes cobran un protagonismo excluyente, en la gran tragedia del rey y su locura hay al menos una docena de personajes inolvidables. La nota que sigue repasa los rasgos salientes de todos ellos.

CRÍA CUERVOS

Por Pablo Ingberg

Es plaga de estos tiempos que locos guíen a ciegos.

Rey Lear

Como en una Última Cena cuya parte divina se hallara ausente, *Rey Lear* tiene doce personajes principales. Difícilmente sea casual que estén simétricamente divididos en “buenos” y “malos”. Dos pertenecen a una zona intermedia: caen del lado de los malos en el reparto pero pasan al de los buenos por sufrimiento y súbito reconocimiento de la verdad (conde de Gloucester) o por morosa resolución y acción (duque de Albany). Cinco son decididamente malos: Goneril y Regan, hijas de Lear; Cornwall (duque de Cornualles), marido de Regan; Oswald, mayordomo de Goneril, y el malísimo Edmund (o Edmond), hijo bastardo de Gloucester. También cinco son los buenos: Lear, su fiel bufón y los buenísimos conde de Kent, Edgar (hijo de Gloucester) y Cordelia (hija de Lear).

Lear ha sido comparado con Job: ambos hombres poderosos que lo pierden todo. Pero las diferencias son más notables que la semejanza: Job es puesto a prueba por Satán con anuencia de Yahveh, y al final Yahveh le restituye todo; en *Rey Lear*, cuya acción transcurre en tiempos paganos (pre cristianos), los dioses no intervienen, y no hay reparación tras el desastre. Los malos mueren, sí, pero también varios de los buenos, y los restantes deberán sobrevivir con los añicos de sus almas desoladas. El rey, imagen de la autoridad patriarcal, abre en clave grotesca la obra y provoca la caída hacia el abismo general: divide el reino y destruye su futuro en un concurso de retórica afectiva, cegado por la honesta reticencia de la hija más amada. Si pierde el poder y el juicio en la tormenta meteorológica y terrenal que la naturaleza y él desencadenan, nunca abandona su extraordinaria potencia expresiva. Su exclusivo y merecido par en ese sentido es el bufón, el único que puede sostenerle la palabra en paradójica igualdad de condiciones y hasta ponerse por encima de él como maestro en el absurdo del gran teatro del mundo.

NO TAN TONTOS

Suele hablarse de los bufones de Shakespeare como si hubiera muchos. En realidad, hay en el conjunto de sus obras muchos personajes bufonescos, pero muy pocos bufones, y el primero en que se piensa es el de *Lear*, una de sus más excelsas creaciones. La palabra inglesa *fool*, dolor de cabeza de los traductores, significa “tonto, loco, bufón”. En su origen es el “idiota” (discapacitado mental) que dice tonterías o locuras que resultan graciosas a los oyentes y es adoptado como mascota para diversión de la corte. De allí deriva luego el bufón profesional, menos “idiota” de lo que parece pero con licencia para hablar por parecerlo y hacer reír. No es un cortesano; observa desde “afuera” y dice la verdad desde el absurdo, pone en tela de juicio las certidumbres del sentido común. A diferencia de Piedra de Toque (*Como gustéis*) y Feste (*Noche de Reyes*), el bufón de

Lear no tiene nombre, como si fuera un fool en estado puro. Desaparece tras el tercer acto, pero da la clave y el tono sostenido de toda la obra.

Gloucester (pronúnciese Gloster) con sus hijos es un paralelo de Lear con las suyas: ambos se vuelven *fools* por las retribuciones que reciben de sus retoños malos. El conde de Gloucester queda bajo la autoridad de Cornwall y Regan, y guarda las apariencias de respetarla, pero no olvida su amor por el abdicante rey. El abnegado Kent es su paralelo por contraste: no calla la tontera del soberano, y es desterrado por eso; con todo, se disfraza para seguir sirviéndolo con inculdicable lealtad y bonhomía. En esto es a su vez paralelo de Edgar quien, infamado por su medio hermano, se disfraza para servir a su padre y al reino.

Edgar, el “Cordelia” de Gloucester, es el personaje con más texto después de Lear. Se disfraza de *Tom o’Bedlam*, coloquial por *Bethlehem*, “Belén”, manicomio de Londres, como si dijéramos en Buenos Aires “Juan del Borda”, un mendigo salido del hospicio. Él mismo elige, pues, adoptar el papel de *fool* (loco, eventualmente bufón) con el disfraz socialmente más bajo. En ese carácter, evita el suicidio de su padre *fool* en una escena que anticipa el teatro del absurdo del siglo XX. Tras la catástrofe, de la que él apenas impide una peor proyección al matar a su triunfante hermano, será rey en ruinas de las ruinas.

PEOR QUE YAGO

Edmund, resentido de su bastardía, supera como frío y maquiavélico maquinador al Yago de *Otelo*. No obstante, a diferencia de éste, hablará una vez que se halle totalmente perdido, ya herido de muerte, para perdonar a su matador y tratar de hacer un bien, aunque demasiado tarde: impedir la muerte de Cordelia que él mismo había ordenado y ya está en marcha.

Paralelas a Edgar, las hermanas Regan y Goneril, resentidas por la manifiesta preferencia del padre por Cordelia, no conocen otro amor que el del poder, sucedáneo de la autoridad paterna que las relegaba en el afecto. Ninguna de las dos ama a Edmund aunque él, en agonía, crea que sí al enterarse de que ellas se han matado por su causa o, mejor dicho, tomándolo como pretexto. Pero ellas tan sólo se sentían febril y orgásmicamente seducidas por un igual mejorado (o empeorado: más malo aún), un frío apasionado por el poder en sí. Cornwall, que arrancará los ojos de Gloucester y caerá allí muerto a manos de un sirviente, es digno esposo de una; Albany, no tan digno de la otra: está con ella por fatalidad, y por falta de carácter; se opone a las injusticias sin alzar mucho la voz y, cuando al final las circunstancias extremas lo permiten, se pone decisivamente del lado de los buenos. Para compensar esa falta de un malo decidido al lado de Goneril, está su mayordomo Oswald, el típico valiente ante los débiles y cobarde ante los fuertes, que morirá en su ley: a manos del disfrazado Edgar, cuando pretendía matar al ciego y desvalido Gloucester.

Pocas imágenes tan patéticamente conmovedoras ha dado el arte como la del octogenario Lear cargando en sus brazos el cadáver de Cordelia. Como Kent, condenado al destierro por defenderla, como Edgar que, difamado, cuida del padre que lo condena, Cordelia se resigna a ser condenada por no manifestar en palabras públicas un amor que debe demostrarse calladamente en los hechos, y consecuentemente acude sin rencor en defensa de su amado padre. Será la víctima sacrificial que no redime nada, porque la divinidad está ausente en este nihilista, desolado, absurdo teatro del mundo, “este gran escenario de *fools*”, como lo llama el propio Lear, donde él convive con nosotros.